

EN LA ARENA

BRIAN W. ALDISS

A Javlin Bartramm le resultaban familiares el hedor y el ruido del circo. Sintió endurecerse la red de nervios de su plexo solar.

Multitudes de redules esperaban jocosos el espectáculo del día. No había que pagar para estar de pie y estirar el cuello desde la calle; ese gentío probablemente no podía costearse un asiento en el anfiteatro. Javlin quitó su vista de ellos, con desdén. Al mismo tiempo, se sintió halagado cuando lo vitorearon calurosamente. Amaban a las víctimas humanas.

Su guardián destrabó la portezuela del carro y lo sacó de él, aún encadenado. Entraron, pasando de la cegadora luz del sol a la oscuridad de la conejera húmeda y fétida debajo del estadio principal. Algunos redules se paseaban, la oficialidad especialmente. Uno o dos le desearon buena suerte, otro chirrió: «la multitud está hoy de buen humor, vertebrado». Javlin no respondió.

Entró Ik So Baar, su entrenador, un redul flamboyante que descollaba sobre Javlin. Llevaba varios pares de guantes de repuesto alrededor de su vientre anaranjado. La tiara blanca que rodeaba sus antenas aparecía sólo en los días de competencias.

—Salud, Javlin. Estás en óptimo estado. Me alegro que no luches conmigo.

—Salud, Ik So —respondió Javlin, colocándose en la boca una lengüeta metálica para poder emitir sonidos similares a los del lenguaje de los redules—. ¿Está mi oponente listo para morir? Recuerda que seré libre si gano esta vez; será mi duodécima victoria consecutiva.

—Hubo un cambio en el programa, Javlin. Tu oponente sirio se escapó durante la noche y hubo que matarlo. Competirás en un doble-doble.

Javlin tironeó tan fuerte de sus cadenas que el guardián perdió el equilibrio.

—¡Ik So! ¡Me traicionaste! ¡Cuánto te he hecho ganar? No haré un doble-doble.

No hubo cambio alguno de expresión en la máscara del insecto.

—Entonces morirás, mi vertebrado favorito. Este arreglo no fue idea mía. A esta altura ya sabes que gano más en uno individual. El doble-doble tiene que hacerse. Estas son mis órdenes. ¡Guardián, a la celda 107 con él!

Resistiéndose al tirón de su guardián, Javlin gritó:

—Tengo ciertos derechos, Ik So. Exijo ver a mi promotor.

—¡No tantas pretensiones, estúpido vertebrado! Tienes que hacer lo que se te ordene. Te he dicho que no ha sido culpa mía.

—Entonces, por Dios, dime junto a quien voy a luchar.

—Es alguien que viene de las granjas. Tuvo uno o dos turnos preliminares; dicen que lo hace muy bien.

—De las granjas... —Javlin lanzó el más sucio de los juramentos redules que conocía. Ik So se volvió, colocándose un guante metálico en sus tenazas delanteras, una cruel y desgarrante arma con un sinfín de púas. Lo sostuvo ante la cara de Javlin.

—No uses ese lenguaje conmigo, mamífero amigo. Humanos de las granjas o del espacio, ¿cuál es la diferencia? Es joven y luchará bien junto a ti si tú lo aceptas. Y es mejor que lo aceptes: te han programado para combatir contra una pareja de ieibilibits.

Antes que Javlin pudiera contestar, la alta figura se fue por el corredor, moviéndose al doble de la velocidad que hubiera sido normal en un humano.

Javlin se dejó conducir a la celda 107. El guardián, un redul obrero de vientre gris, le quitó las cadenas y lo empujó hacia adentro, atrancando la puerta. La celda olía a especies extrañas y a miedo.

Javlin se acomodó en el banco. Necesitaba pensar.

Se sabía un hombre simple, pero también sabía que saberlo significaba que su simplicidad era relativa. Sus cinco años de cautiverio aquí, entre los redules, no habían sido en vano. Ik So lo había entrenado bien en las artes de la supervivencia; y llegado a ese punto no había mayor placer en el Universo que sobrevivir. No era complicado. No involucraba responsabilidades hacia nadie, excepto uno mismo.

Por ello odiaba las competencias doble-doble, que hasta ahora había tenido la suerte de evitar: porque envolvían responsabilidad por el compañero de lucha.

Desde el comienzo había estado bien adiestrado para sobrevivir a la rutina de gladiador. Cuando su nave, *Plunderhorse*, fue capturada por las fuerzas redules, cinco años atrás, Javlin Bartramm era un experto en judo y maestro en lucha, y sargento mayor de artillería. Las naves de la armada tenían una larga tradición de deportes a bordo, que se remontaba a seis siglos, proporcionando la proporción ideal de pasatiempo y ejercicio. De todos los miembros de la tripulación del *Plunderhorse* que habían sido capturados, Javlin fue —por lo que él sabía— el único sobreviviente en cinco años de duras competencias impuestas por los insectos.

La suerte había estado de su parte para lograrlo. Le había gustado a Ik So Baar. El aprecio era un sentimiento extraño para una langosta de nueve pies con los antebrazos como los de un cangrejo, y con un andar semejante al del tiranosaurio, pero existía una corriente de simpatía entre ellos y Javlin pensaba que continuaría hasta que lo mataran en el ruedo. Sentado en el frío banco, sabía que Ik So Baar no lo traicionaría con un doble-doble. El redul sólo obedecía órdenes del promotor. Ik So necesitaba esa duodécima victoria para que Javlin quedara libre y lo ayudara a entrenar a las otras especies en la granja de gladiadores. Ambos sabían que formaban una eficaz combinación.

Por eso, Javlin necesitaba en este momento que nuevamente la suerte lo acompañara.

Se arrodilló hasta tocar con su frente la piedra, observó fijamente la tierra, el piso frío, las rocas calientes, el núcleo fundido, tratando de visualizar cada uno, para obtener de ellos los atributos que lo ayudarían: frío para su cerebro, calor para su temperamento, dureza para sus energías.

Fortalecido por la plegaria se levantó. Los ayudantes redules aún no le habían traído su armadura y su compañero. Hacía tiempo ya que había aprendido a esperar sin impacientarse. Con celo profesional, se ejercitó lentamente, controlando la adecuada función de cada músculo. A medida que lo hacía, escuchaba el vivir de la multitud en la arena. Espió por la ventanilla de la celda, demasiado alta para permitir una visión adecuada del campo de combate y las gradas posteriores.

Un centauro luchaba en plena luz con un leopardo-murciélago de Aldebarán. El centauro no llevaba ninguna armadura, excepto un escudo de hierro; no tenía más armas que sus garras y sus cascos. Aunque el leopardo-murciélago tenía las alas atadas para que no escapara del estadio, poseía poderosas mandíbulas y una gran velocidad. La contienda resultaba justa porque se le había cortado la lengua para arruinar de ese modo su sistema de percepción del eco. No obstante, para los redules no existía el concepto de justicia. Preferían la sangre a la justicia.

Javlin vio la matanza. El centauro, una criatura grotesca, con una cabeza casi humana y una inmensa crin dorada que comenzaba en sus cejas, estaba agotado. Cuando el leopardo-murciélago se abalanzó sobre él, lo eludió rápidamente girando sobre sus piernas traseras y atropellándose en las alas. Pero el leopardo-murciélago, volviéndose, rastrilló las piernas del contrincante con sus mandíbulas. El centauro cayó al piso desjarretado. Mientras caía, azotaba salvajemente el aire con sus piernas delanteras, pero el leopardo-murciélago mordió y desgarró su garganta de lado a lado. Semejante a una *prima donna* cubierta con una capa de pelambre corto, el centauro se hundió bajo las alas veteadas de su enemigo.

Como si el peso del griterío en las tribunas lo hubiera derribado, el centauro se resistía en su agonía. A través de la ventanilla, Javlin vio sangrar la garganta del vencido y escuchó el jadeo de sus pulmones mientras caía.

—¿En qué piensas mientras mueres al sol? —preguntó Javlin.

Dejó de lado la visión y la pregunta. Se sentó tranquilamente en el banco y cruzó sus brazos.

Cuando la oscuridad exterior le anunció el comienzo del nuevo turno, se abrió la puerta y un humano joven fue introducido violentamente en la celda. Javlin no necesitó que le dijeran que era su compañero para el doble-doble contra los ieibilibits.

Era una muchacha.

—¿Usted es Javlin? —dijo ella—. Lo conozco. Mi nombre es Awn.

Él, mirándola fijamente con el entrecejo fruncido, se controló.

—¿Sabes para qué has venido?

—Ésta será mi primera lucha pública —dijo ella.

Llevaba el pelo corto. Su piel estaba curtida y era áspera, su brazo izquierdo tenía una grosera cicatriz. Sus pies se apoyaban flexiblemente en el suelo. Aunque su cuerpo era delgado y fuerte, la gruesa vestimenta que le llegaba hasta los muslos no lograba ocultar sus curvas femeninas. No era linda, pero Javlin tuvo que admirar la armonía de su boca y su fría mirada gris.

—Esta mañana tuve noticias desagradables, pero Ik So Baar nunca me dijo que lucharía junto a una mujer —dijo él.

—Probablemente Ik no sabía que yo era una mujer. Los redules son neutros o hermafroditas, con raras excepciones. ¿Lo sabía? No saben diferenciar a un varón de una mujer.

Él escupió.

—No tienes que explicarme nada de los redules.

Ella escupió.

—Sí lo sabía, ¿cuál es mi culpa? ¿No pensará que me gusta estar aquí? ¿Piensa que pedí unirme al gran Javlin?

Sin responderle, él se inclinó y comenzó a masajear los músculos de su pantorrilla. Como ocupaba casi todo el banco, la muchacha permaneció de pie. Lo miraba fijamente. Cuando él volvió a mirarla, ella preguntó:

—¿Con qué o quienes lucharemos?

—¿No te lo dijeron? —Él no evidenció sorpresa.

—Fui obligada a este doble-doble, como imagino que usted también. Le pregunto, ¿contra qué lucharemos?

—Solamente con una pareja de ieibilibits.

Habló con indiferencia para que la impresión fuera aún mayor. Se masajé los músculos de la otra pantorrilla. En ese momento una ración substanciosa les hubiera venido bien. Esos locos insectos no conocían la rutina del refrigerio de los prisioneros terrestres. Al levantar la mirada notó que la muchacha permanecía inmóvil y que su rostro había empalidecido.

—¿Sabes qué son los ieibilibits, muchachita?

Ella no respondió, por lo que él continuó:

—Los redules se asemejan a algunos insectos terrestres. Pasan por diversas etapas de desarrollo; los redules son precisamente la etapa de adulto final. Su etapa larval es como el de la libélula. En esa etapa es una bestia voraz y omnívora. Acuática y grande. Lleva armadura y se llama ieibilibit. Contra eso lucharemos, una pareja de enormes ieibilibits hambrientos. ¿Presientes que moriremos hoy, Awn?

En lugar de responder, ella apartó la cabeza y se llevó una mano a la boca.

—¡Oh, no! ¡Nada de llantos aquí, por favor! —dijo él. Se acercó a la puerta vociferando—: ¡Ik So, Ik So, traidor, saca a esta maldita mujer de aquí...! —Y cuando estaba a punto de gritar nuevamente con el silbato en la boca, recibió una bofetada de Awn.

Ella lo enfrentó como un tigre.

—¡Cobarde apología de hombre! ¿Cree que lloro de temor? No lloro. Viví diecinueve años en este condenado planeta y en sus malditas granjas. ¿Estaría aún aquí de haber llorado? No, pero lamento que usted ya se sienta vencido, el gran Javlin.

Con gesto adusto, él miró su cara enrojecida.

—¿No me cree lo suficientemente buena para salir y matar una pareja de ieibilbits? Maldito sea su orgullo, estoy dispuesta a luchar.

—¡Bah! —Se colocó el silbato y fue hacia la puerta. Ella se mofó de él cruelmente.

—Usted es un lacayo de estos insectos, ¿no es así? Si pudiera verse qué tonto parece con ese pico ridículo pegado a la boca.

Javlin dejó caer el silbato. Agarrándose de los barrotes, la miró por encima de su hombro.

—Traté que esto no sucediera.

—No me diga que usted ya trató. Yo también lo hice.

Él no respondió. Se volvió para sentarse en el banco. Ella volvió a su rincón. Ambos cruzaron los brazos y se miraron.

—¿Por qué no miras el espectáculo en vez de mirarme a mí? Podrías aprender algunas cosas. —Como ella no respondió, él agregó—: Te diré lo que vas a ver. Podrás ver hileras de espectadores y un palco donde está sentado un señorón. No sé quién es este personaje. No es una reina pues, por lo que sé, las reinas pasan la vida bajo tierra, empollando huevos a razón de cincuenta por segundo. No es la clase de vida que la realeza terrestre disfrutó en los viejos tiempos. Debajo de ese palco hay un estandarte rojo con los jeroglíficos de los insectos. Una vez le pregunté a Ik So su significado. Me respondió que aproximadamente significaban: «*El Espectáculo más Grande de la Tierra*». ¿Es gracioso, no?

—Debe admitir que somos un espectáculo.

—No, te equivocas. Verás, esa era la leyenda de los circos antiguos. Pero ellos la adoptaron como propia cuando invadieron la Tierra. Alardean de su conquista.

—¿Y eso es gracioso?

—En cierto modo. ¿No te avergüenza que este planeta que vio el nacimiento de la raza humana ahora sea gobernado por insectos?

—No. Los redules estaban aquí antes que yo. Nací aquí. ¿Usted no?

—No. Yo nací en Washington IV. Es un planeta hermoso. Hay cientos de planetas tan lindos y variados como lo fue una vez la Tierra, pero irrita pensar que esta ralea de insectos esté gobernando la Tierra.

—Si se siente tan molesto, ¿por qué no hace algo?

Él apretó los puños. ¿Habría que empezar a explicar toda la historia y la economía antes de ser cortado en pedazos por una cosa desenfrenada que tiene sierras circulares en lugar de manos?

—Le costaría mucho a la humanidad reconquistar este planeta. Demasiado difícil. Demasiadas muertes por un mero sentimentalismo. Y piensa en todas esas reinas poniendo huevos a velocidades extraordinarias. Los humanos no se multiplican tan rápido. La humanidad ha aprendido a enfrentar los hechos.

Ella rió con ganas.

—Eso es bueno. ¿Por qué no aprendes a enfrentarte al hecho que yo sea yo?

Javlin no tuvo respuesta para eso; ella nunca entendería por qué él, al verla, perdió la esperanza de seguir vivo. Ella era una responsabilidad. Pronto moriría, dejando su sangre en el polvo como el joven centauro... sólo que no sería polvo.

—Pelearemos en dos pies de agua —dijo él—. ¿Sabías eso? A los ieibilibits les gusta. Entorpece nuestra velocidad. Podríamos ahogarnos en vez que nos corten la cabeza a mordiscos.

—Alguien viene por el corredor. Deben ser nuestras armaduras —contestó ella fríamente.

—¿Has escuchado lo que dije?

—No puedes esperar la muerte, Javlin, ¿no es así?

Abrieron la puerta. Allí estaba el guardián. Ik So Baar no apareció como acostumbraba hacerlo. La criatura les arrojó las armas y las armaduras y se retiró, trancando la puerta detrás suyo. A Javlin nunca dejaba de asombrarle que estos brutos mudos tuvieran inteligencia.

Tomó su armadura. La de la joven era más liviana y pequeña. Se la alcanzó.

—Gracias —dijo ella.

—Parece tan nueva y pequeña.

—Yo no la quiero más pesada.

—¿Ya luchaste con ella?

—Dos veces. —Era innecesario preguntar si había ganado.

—Es mejor que nos vistamos. Sabremos que ya están listos para recibirnos cuando oigas que el agua cubre la arena. Seguramente nos están reservando para el mayor espectáculo del día.

—No sabía que habrían dos pies de agua.

—¿Estás asustada?

—No. Soy buena nadadora. Pescaba en el río en la granja de los esclavos.

—¿Los pescabas con las manos?

—No, había que sumergirse y matarlos con una roca filosa. Requiere práctica.

Era un recuerdo agradable. Había nadado realmente en uno de los ríos de la Tierra. Él le sonrió.

—El lugar de Ik So Baar está en el desierto —dijo él con voz fría—. De todos modos, no podrás nadar en la arena. Nadie puede hacerlo en dos pies de agua barrosa; además, estarás encadenada a mí con una cadena de cuatro pies de largo.

—Pongámonos la armadura y después me dirás lo que sabes. Quizá combinemos algo.

Mientras él levantaba su escudo y protector de hombros, Awn se desató el cinturón y se quitó el vestido. Debajo no tenía más que un andrajoso conjunto de ropa interior blanca. Se la sacó.

Javlin la miró sorprendido y con placer. Hacía años que no veía de cerca a una mujer. Ésta sí era una belleza.

—¿Por qué haces eso? —le preguntó. Apenas reconocía su voz.

—Cuanto menos tengamos, mejor nos moveremos en el agua. ¿No vas a sacarte la ropa?

Él negó. Turbado, se colocó el resto del equipo. Por lo menos, con la armadura y el escudo ella no luciría tan alarmante. Examinó sus dos espadas, colocando una de ellas en el lado derecho y la otra en el lado izquierdo de su cinturón. Eran buenas espadas, fabricadas por los armeros redules según instrucciones terrestres. Cuando él se dio vuelta, Awn ya estaba completamente equipada.

Aprobando su vestimenta, le ofreció un lugar a su lado en el banco. Acercándose el uno al otro, se sonrieron.

Había terminado otro torneo. Los gritos y chirridos les llegaban a través de los barrotes.

—Lamento que estés en esto —dijo él con inquietud.

—Es una suerte ser tu compañera. —Su voz no era del todo firme, pero se controló de inmediato—. ¿Eso que oigo es agua?

Él ya lo había oído. Mientras la multitud miraba caer el agua se produjo un silencio sobrecogedor. Esto era sin duda de gran valor emotivo para ellos pues, durante su primera etapa de vida, habían vivido muchos años en el agua.

—Tienen mangueras muy grandes —dijo. Su voz contenía un temblor irritante—. La arena se llena rápidamente.

—Hagamos un plan de ataque. Estas cosas, los ieibilibits, deben tener puntos débiles.

—¡Y fuertes también! Esos son los que hay que tener en cuenta.

—No estoy de acuerdo. Hay que atacar sus puntos débiles.

—Estaremos muy ocupados con sus puntos fuertes. Tienen grandes cuerpos grises segmentados, unos veinte pedazos supongo. Cada segmento es de quitina o algo más duro, y en cada uno tienen dos piernas equipadas con rastrillos filosos. En la cola y en la parte superior tienen piernas que trabajan como sierras circulares, cortando todo lo que tocan. Y están las mandíbulas, por supuesto.

El guardián regresó. Sus antenas aleteaban a través de la mirilla; abrió la puerta y entró. Traía una larga cadena del ancho de la celda. Javlin y Awn no se resistieron cuando, al encadenarlos, ajustaron los brazaletes en el brazo derecho de Javlin y en el izquierdo de Awn.

—Bueno —dijo ella mirando la cadena—. Parece que los ieibilibits no tienen muchos puntos débiles. ¿Podrían ellos cortar con sus sierras nuestras espadas?

—Exacto.

—Entonces pueden cortar esta cadena. Hagamos que la corten cerca de una de nuestras muñecas, y así el otro tendrá un arma de más alcance que una espada. Un golpe con el extremo de la cadena en su cabeza detendrá su velocidad. ¿Con qué rapidez se mueven?

—Sus sierras son las más veloces. No son tan rápidos como los redules. Más bien se podría decir que son de movimientos lentos y el hecho que ambos estén encadenados nos ayudará.

—¿Cómo están encadenados?

—Por las piernas del medio.

—Eso les da un menor poder de destrucción que si estuvieran encadenados en sus piernas traseras o delanteras. ¡Mataremos a estas bestias, Javlin! Qué increíble homicidio matar a sus retoños en la arena.

Él rió.

—¿Sentirías algo por un retoño si tuvieras un millón de hijos?

—Te lo diré cuando tenga el primero, si es que llego a tenerlo.

Él colocó su mano sobre las de ella.

—Sin duda. Mataremos a las malditas larvas.

—Hagamos cortar la cadena y uno de nosotros, con el pedazo más largo, cortará la cabeza del más próximo, mientras el otro rechazará al segundo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Había un obrero en la puerta de salida, la conducente a la arena. La mantuvo abierta iluminándola con una antorcha, listo para sacarlos si no salían.

—Llegó el momento —dijo ella. Súbitamente se colgó de él.

—Hagámoslo de una vez, querida —dijo él.

Balanceando la cadena entre los dos, se dirigieron hacia la arena. Del otro lado aparecieron los ieibilibits chapoteando en el agua. La multitud elevó sus clamores hacia el azul firmamento terrestre. No sabían lo que un hombre y una mujer podían hacer juntos. Ahora lo sabrían.

FIN